

CAPÍTULO VEINTICINCO

que no la uso y debe estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. Y confieso a vuestra merced una verdad, señor don Quijote: que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente de la señora Dulcinea debía ser alguna princesa de quien vuestra merced ha ganado y ganó o alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, según deben de ser muchas las victorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aún no era su escudero. Pero, bien considerado, ¿qué se le ha de dar a la señora Aldonza Lorenzo, digo, a la señora Dulcinea del Toboso, de que se vayan a hincar las rodillas delante de ella los vencidos que vuestra merced le envía y ha de enviar? Porque podría ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella rastrillando lino o trillando en las eras, y ellos se corriesen

2

CAPÍTULO VEINTICINCO

de verla, y ella se rióse y enfadase del presente.
- Ya se tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho
-dijo don Quijote-, que eres muy grande hablador y
que, aunque de ingenio bato, muchas veces despuntas
de agudo; más para que veas cuán necio eres tú y
cuán discreto soy yo, quiero que me oyes un breve
cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza,
morbosa, nollizo y de buen ~~tal~~ tallo, alcanzada a saber
su mayor, y un día dijo a la buena viuda, por
vía de fraternal reprehensión: «Maravillado estoy,
señora, y no sé mucha causa, de que una mujer
tan principal, tan hermosa y tan rica como
vuestra merced se haya enamorado de un hombre
tan saez, tan bajo y tan idiota como fulano, habien-
do en esta casa tantas maestras, tantas presenta-
das y tantas beólogas, en quien vuestra merced
pudiera escoger como entre perlas, y decir: Éste
~~equivale~~, aquéste no quiero». Mas ella le respon-
dió con mucho donaire y deserveluna: «Vuestra
merced, señor mío, está muy engañado y piensa
muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogido
mal en fulano por idiota que le parece; pues
para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe
y más que Anisócetes». Así que, Sancho por lo

CAPITULO VEINTICINCO

que yo quiero a Dulcinea del Tobaso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poemas que alaban damas debajo de un nombre que ellos a su albedrío le ponen, es verdad que las tienen. ¿Pienso tú que las amarilis, las Filis, las Silvias, las Pianas, las Dalateas, las Filidas y otras tales de que las libros, los romances, las tiendas de los barberas, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquello que las celebran y la celebraron? No, por cierto, sino que las más se las singen por dar sujeto a sus versos y porque los tengan por enamoradas y por hombres que tienen valor para serlo. Y, así, basta a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linaje, importa poco, que no han de ir a hacer la información de él para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan a amar, más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa, ninguna le iguala, y en la poca fama, pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y pínchala en mi imaginación como la

4

CAPÍTULO VEINTICINCO

deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara o latina. Y diga cada uno lo que quisiere; que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos.

- Digo que en todo tiene vuestra merced razón - respondió Sancho - y que yo soy un asno. Más no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado. Pero venga la carta, y a Dios, me mudo.

Sacó el libro de memoria don Quijote y, apartándose a una parte, con mucho sosiego comenzó a escribir la carta, y en acabándola llamó a Sancho y le dijo que se la quería leer porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque su desdicha todo se podía temer. A lo cual respondió Sancho: - Escríbala vuestra merced dos o tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado; porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate, que la tengo tan

CAPÍTULO VEINTICINCO

mala, que muchas veces se me olvida cómo me llamo. Pero, con todo eso, dígame la vuestra merced, que me holgaré mucho de oílla, que debe ir como de molde.

- Escucha, que así dice - dijo don Quijote.

CARTA DE DON QUIJOTE A
DULCINEA DEL TOSO

Soberana y alta señora:

El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toso, te envía la salud que él no tiene. Si tu hermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenas son en mi afincamiento, aunque que yo sea asax de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser fuerte, es muy duradera.

Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía!, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo. Tuyo hasta la muerte,

El Caballero de la Triste Figura

- Por la vida de mi padre - dijo Sancho en oyendo la carta - que es la más alta cosa que jamás he oído. ¡Pesia a mí, y cómo que le dice vuestra merced aún todo cuanto quiere, y qué bien que encaja

6

CAPÍTULO VEINTICINCO

en la firma del Caballero de la triste figura! Digo de verdad que es vuestra merced el mismo diablo y que no hay cosa que no sepa.

- Todo es menester - respondió don Quijote - para el oficio que trayo.

- Ea, pues - dijo Sancho -, ponga vuestra merced en estorauelta la cédula de los tres pollinos, ~~señora~~ y firmela usted con mucha claridad, porque la conozcan viéndola.

- Que me place - dijo don Quijote.

Y, habiéndola escrito, se la leyó así:

Mandaré vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar a Sancho Panza, mi escudero, tres de los cinco que dejé en casa y están a cargo de vuestra merced. Los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado, que con ésta y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, a veinte y dos años de agosto de este presente año.

- Buena está - dijo Sancho -, firmela vuestra merced.

- No es menester firmarla - dijo don Quijote - sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mismo que firma, y para tres años, y aun para trescientos, fuera bastante

CAPÍTULO VEINTINCO

- Yo me confío de Uuestra merced - respon-
 dió Sancho -. Déjeme, iré a ensillar a Ro-
 cinante, y aparéjese Uuestra merced a
 echarme su bendición, que luego pien-
 so partirme, sin ver las sandeces que
 uuestra merced ha de hacer, que yo diré
 que le vi hacer tantas cosas, que no
 quiera más.

- Por lo menos, quiero, Sancho, y por-
 que es menester así, quiero, digo, que
 me veas en cueros y hacer una o dos
 docenas de locuras, que las haré en me-
 nos de media hora, porque, habiéndolas
 tú visto por tus ojos, puedas jurar a tu
 salvo en las demás que quieres aña-
 dir; y asegúrote que no dirás tú tantas
 yo pienso hacer.

- Por amor de Dios, señor mío, que no
 vea yo en cueros a uuestra merced,
 que me dará mucha lástima y no po-
 dré dejar de llorar, y tengo tal la ca-
 beza, del llanto que anoche hice por el
 rucio, que no estoy para meterme en
 nuevos lloros;

CAPÍTULO VEINTIQUINCO

Y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que vinieren más a cuento. Quanto más, que para mí no era menester nada de eso, y, como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece. Y, si no, aparejese la señora Dulcinea, que, si no responde como es razón, voto hago solemne a quien puedo que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago a coces y a bofetones. Porque, ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco, sin que ni para qué, por una...? No me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotricae y lo eche todo a doce, aunque nunca se venda. ¡Bonico soy yo para eso! ¡Mal me conoce! ¡Pues a fe que si me conociese, que me ayunase!

- A fe, Sancho - dijo don Quijote, que, a lo que parece, que no estás tú más cuerdo que yo.

- No estoy tan loco - respondió Sancho, más estoy más colérico. Pero, dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino, como Cardenio, a quitárselo a los pastores?

- No te dé pena ese cuidado - respondió don Quijote -

CAPÍTULO VEINTICINCO

porque, aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieran, que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas equivalentes.

-Adiós, pues. Pero ¿sabe vuestra merced qué tomo? Que no tengo de acertar a volver a este lugar donde ahora le dejo, según está de escondido.

-Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme de estos contornos - dijo don Quijote - y aun tendré cuidado de subirme por estos más altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas. Quanto más, que lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay y las vayas poniendo de trecho a trecho, hasta salir a lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, a imitación del hilo del laberinto de Perseo.

-Así lo haré - respondió Sancho Panza. Y, cortando algunas, pidió la bendición

CAPÍTULO VEINTICINCO

a su señor, y, no sin muchas lágrimas de entreambos, se despidió de él. Y subiendo sobre Rocinante, a quien don Quijote encomendó mucho y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho a trecho los ramos de la retama, como su amo se lo había aconsejado. Y así fue, aunque todavía le importunaba don Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado bien pasos, cuando volvió y dijo:

- Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien: que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced.

- ¡No te decía yo? - dijo don Quijote. - Espérate, Sancho, que en un credo las haré.

Y desnudándose con prisa los calzones, quedó en carnes y en pañales y luego sin más ni más dio dos zapatetas en el aire y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo que cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda a Rocinante y se dio por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco. Y así le dejamos ir su camino, hasta la vuelta, que fue breve.



MAF pequerinos

12

ca. Blanco

CAPÍTULO XXVI

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quijote en Sierra Morena

Y volviendo a contar lo que hizo el de la Triste Figura después que se vio solo, dice la historia que así como don Quijote acabó de dar las tumbas o vueltas de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se había ido sin querer aguardar a ver más sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña y allí tornó a pensar lo que otras muchas veces había pensado sin haberse jamás resuelto en ello, y era que cuál sería mejor y le estaría más a cuento: imitar a Roldán en las locuras desafortunadas que hizo, o Amadís en las melancólicas; y hablando entre sí mismo decía:

- Si Roldán fue tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, ¿qué maravilla, pues al fin era encantado, y no podía matar nadie si no era metiéndole un alfiler de a blanca por la planta del pie, y él trataba siempre los zapatos con siete suelas de hierro? Aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles. Pero dejando en él lo de la valentía a una parte, veamos a lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió, por las sexuales que halló en la fontana y por las nuevas que

CAPÍTULO VEINTISEIS

Le dio el pastor de que Angélica había dormido más de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados y paje de Agramante; y si él entendió que esto era verdad y que su dama le había cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco. Pero yo ¿cómo puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasión como ellas? Porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar que no ha visto en todos los días de su vida moro alguno, así como él es, en su mismo tñaje, y que se está hoy como la madre que la parió; y haríale agravio manifiesto, si imaginando otra cosa de ella me voluiese loco de aquel género de locura de Roldán el furioso. Por otra parte, veo que Arradiés de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que más, porque lo que hizo, según su historia, no fue más de que por verse desdeshado de su señora Oriana, que le había mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad, de que se retiró a la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar y de encomendarse a Dios, hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre a éstas árboles, que

CAPÍTULO VEINTISÉIS

no me han hecho mal alguno? Ni tengo para qué enturbiar el agua clara de estos arroyos, los cueros me han de dar de beber cuando tenga gana. Viva la memoria de Amadís, y sea imitado de don Guifote de la Mancha en todo lo que pudiere, del cual se dice lo que del otro se dijo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometellos; y si yo no soy desechado ni desdenado de Duessa de Toboso, bástame, como ya he dicho, estar ausente de ella. Eea, pues, moros a la obra: venid a mi memoria, cosas de Amadís y enseñadme por donde tengo que comenzar a escribir. Mas ya sé que lo más que él hizo fue rezar y encomendarse a Dios; pero ¿qué hora de rosario, que no te tengo?

En esto se vino al pensamiento cómo se haría, y fue que rasgó una gran tira con flecos de la camisa, que andaban cogiendo, y dióse once vueltas, el uno más grande que los demás, y esto se sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millón de avemarías. Y lo que se fastigaba mucho era no haber por allí otro ermitaño que se confesase y con quien confesarse: y así, se entretenía paseándose por el prado, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados a su tristeza, y algunos en alabanza de Duessa. Mas los que se pudieron hacer.

(16)

CAPÍTULO VEINTISÉIS

enteros y que se pudiesen leer después que a él
allí le hallaron no fueron más que estas que allí se
siguen:

Árboles, yerbas y plantas
que en aqueste sitio estáis,
tan altas, verdes y tantas,
si de mi mal no os holgáis,
escuchad mi quejas santas.

Mi dolor no os alborote,
aunque más terrible sea,
pues por paguros escote
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Es aquí el lugar adonde
el amador más leal
de su señora se esconde,
y ha venido a tanto mal
sin saber cómo o por dónde.

Tráele amor al estriquite,
que es de muy mala ralea;
y, así, hasta henchir un pipote,